

Dormancia y la importancia del invierno para el ciclo vegetativo de la vid

Cada año, después de la cosecha, la vid entra en **dormancia**, un descanso profundo que va de noviembre a febrero. Es como si la planta apagara el motor para recargar combustible: detiene el crecimiento de hojas y brotes, y concentra toda su energía en raíces y tronco. Sin este “invierno obligatorio”, el ciclo vegetativo completo se desequilibra y el vino pierde alma.

El **frío** es el gran despertador futuro. Necesitamos entre 400 y 800 “horas frío” (temperaturas bajo 7 °C) para que variedades como Nebbiolo, Syrah o Chardonnay rompan la dormancia de forma uniforme. En nuestro valle, noches de diciembre y enero que bajan a 4-6 °C cumplen esta cuota; si no, la brotación llega desordenada: algunas yemas temprano, otras tarde, y la cosecha se vuelve irregular.

Las **lluvias invernales** son la otra mitad del milagro. En el Valle de Guadalupe recibimos 250-400 mm entre diciembre y marzo; esta agua penetra 60-80 cm en suelos franco-arcillosos, llenando el “manto subterráneo” que la vid usará en verano. Nuestros viñedos en laderas aprovechan el escurrimiento natural; las raíces profundas (hasta 3 m) capturan esa humedad guardada. Sin lluvia suficiente, el estrés hídrico llega en junio y las uvas se quedan pequeñas, con sabores herbáceos.

Además, el frío mata plagas y hongos que sobreviven en otoño, limpiando el viñedo de forma natural. La poda de invierno (enero-febrero) se hace en dormancia para que los cortes cicatricen sin sangrado de savia.

En Deckman's, cada botella lleva la firma de este invierno: acidez viva, fruta limpia, taninos elegantes. Cuando sirvan un blanco fresco, digan: “Este vino durmió tres meses bajo la lluvia y el frío del valle; por eso canta en la copa”. Mañana veremos cómo esa energía almacenada estalla en la brotación. ¡A brillar en el servicio!